

# Los medios, el consumo y la cuestión cultural

Una lectura  
del venezolano  
desde esos espacios

## Resumen

*América Latina tiene una historia, pionera diríamos, en lo que tiene que ver con los llamados estudios de consumo cultural. Pero hoy estamos claros que este tipo de investigación es “un proyecto inacabado”, pues desde ellos hemos podido comprender como se está dando hoy día el uso del tiempo libre de la gente, pero hasta ahora no han servido para hacer una lectura del espesor antropológico que representa el consumo simbólico desde las prácticas sociales. De ahí que este texto intenta arrojar algunas ideas al respecto para ir avanzando en la relación medios, consumo y la cuestión cultural como componentes de una misma realidad en donde en el presente se están objetivizando nuestras prácticas sociales como prácticas culturales.*

## Abstract

*Latin America has a history, a pioneering history one might add, in everything related to so-called studies of cultural consumption. But today it is clear that this type of research is an ‘unfinished project’: it has allowed us to understand how people spend their free time today, but so far it has not served to produce a picture of the anthropological depth represented by symbolic consumption from the point of view of social practices\*. This text is an attempt to shed some light on the subject and thereby advance our understanding of the relationship between media, consumption and culture, as components of a single reality in which our social practices are becoming objectivised as cultural practices.*

■ **Marcelino Bisbal**

## I. EN TORNO AL DES-ORDEN

Estamos en un tiempo de fuertes desplazamientos y también de exclusiones. La vida y los signos que la representan se han *des-ordenado* en los últimos tiempos. Todas las categorías que nos habíamos inventado para dar cuenta de la *realidad* se han vuelto incapaces para tratar de entender la trama de profundo sentido cultural que ha dado al traste con aquello que teníamos como cierto o simplemente como verdad. El integrismo filosófico, provenga de donde provenga, incluso el de Theodor W. Adorno —aunque no estuviera del todo equivocado— cuando le expresa angustiosamente a su compañero de ruta y de viaje Max Horkheimer: “salvemos a la ilustración”, ya no lo podemos aceptar a la hora de dar explicaciones. Estamos envueltos en la incertidumbre.

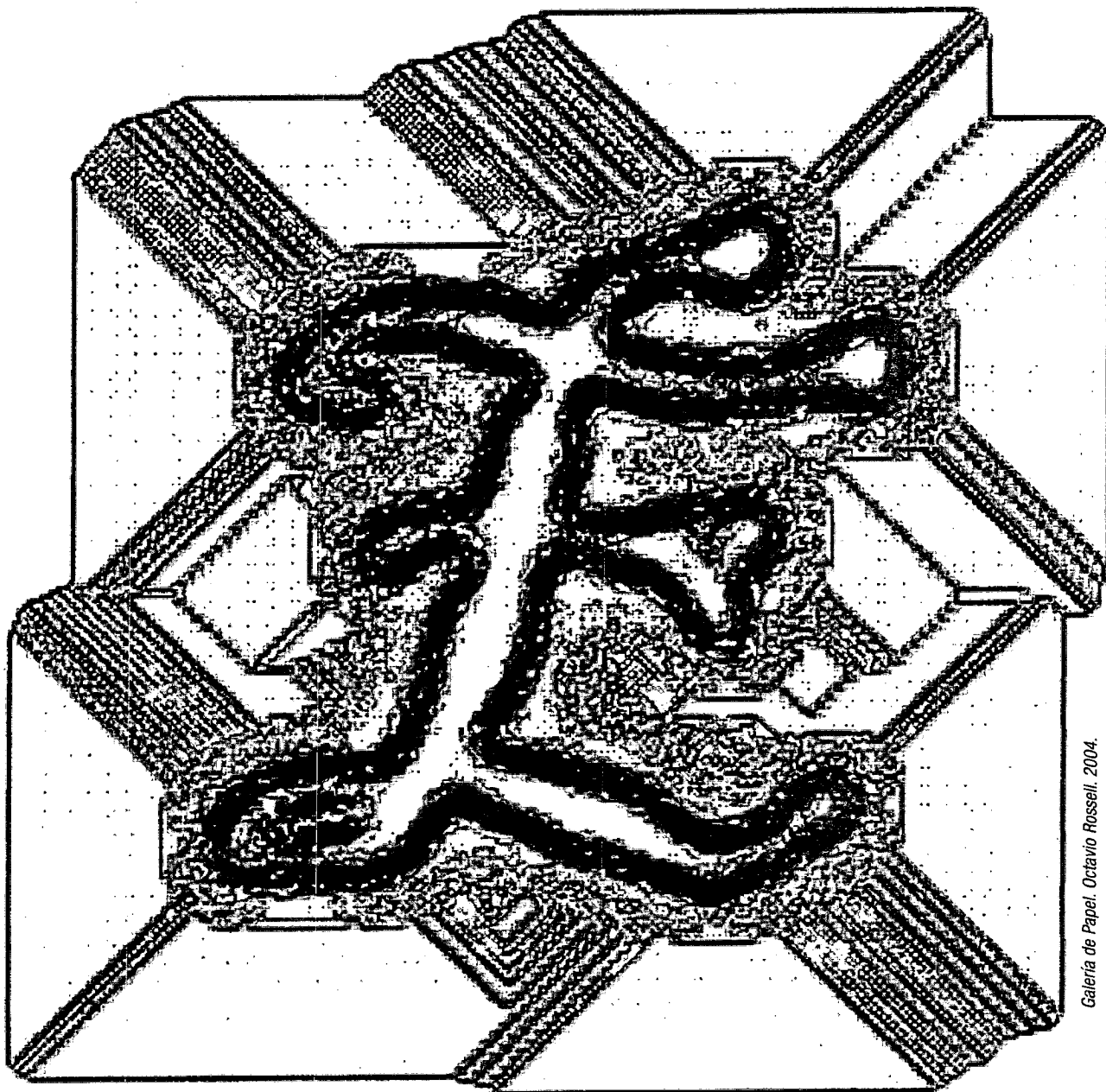
Los saberes y las disciplinas han sufrido igualmente profundos desplazamientos teóricos y de jerarquía. “*La máquina universitaria siempre ha buscado ejercer y defender su autoridad institucional marcando el límite que distingue los saberes legítimos—autorizados—de los saberes ilegítimos, recludiendo a los primeros en el marco de las especializaciones disciplinarias: protegiendo el área reservada de estos saberes clasificados del peligroso desorden de las hablas itinerantes o fugitivas que transitan en las afueras de su recinto sin la garantía de un domicilio conocido*”<sup>1</sup>. ¿La consecuencia? es que esos *saberes legítimos* ya no explican el orden

*El desarrollo moderno intentó distribuir los objetos y los signos en lugares específicos: las mercancías de uso actual en las tiendas, los objetos del pasado en museos de historia, los que pretenden valer por su sentido estético en museos de arte.*

*Al mismo tiempo, los mensajes que emiten las mercancías, las obras históricas y las artísticas, y que indican cómo usarlas, circulan por las escuelas y los medios masivos de comunicación.*

*Una clasificación rigurosa de las cosas y de los lenguajes que hablan de ellas, sostiene la organización sistemática de los espacios sociales en los que deben ser consumidos. Este orden estructura la vida de los consumidores y prescribe comportamientos y modos de percibir adecuados a cada situación (...) Sin embargo la vida urbana transgrede a cada momento este orden.*

**NÉSTOR GARCÍA CANCLINI**



Galería de Papel. Octavio Rossell. 2004.

de cosas y acontecimientos que vemos y sentimos como actores de este tiempo, de un tiempo que habla de nuevas *sensibilidades* como el signo más definitorio de este cambio de siglo. Qué bien lo expresaba Clifford Geertz en 1991 cuando decía:

*Lo que estamos viendo no es simplemente otro trazo del mapa cultural -el movimiento de unas pocas fronteras en disputa, el dibujo de algunos pintorescos lagos de montaña- sino una alteración de los principios mismos del mapeado. La situación es fluida, plural, descentrada. Las cuestiones no son ni estables ni tan consensuales, y no parece que vayan a serlo pronto. El problema más interesante no es cómo arreglar todo este enredo sino qué significa todo este fermento<sup>2</sup>.*

¿Dónde encontramos la clave para dar, con cierta aproximación, explicaciones y en definitiva razones para entender todo lo que nos está sucediendo y todo lo que estamos experimentando? No hemos encontrado hasta los momentos precisiones, sino solamente intuiciones al respecto. Podemos pasar revista, como a renglón seguido vamos a proceder, a juicios diversos que nos hablan de la caducidad de ciertos conocimientos y las categorías que los engloban para percatarnos de inmediato de cómo los intelectuales de diferentes campos del saber se están enfrentando a las nuevas realidades culturales que han emergido y que se han profundizado en este nuevo tiempo.

Así por ejemplo, el sociólogo Manuel Castells nos propone un credo que no sólo trata de enfrentar el nihilismo intelectual de ciertos pensadores de este tiempo, sino que procura levantar la bandera de la razón para encontrar sentido a nuestra capacidad de comprender y hallar el discernimiento necesario. Dice:

*Creo en la racionalidad y en la posibilidad de apelar a la razón, sin convertirla en diosa. Creo en las posibilidades de la acción social significativa y de la política transformadora, sin que nos veamos necesariamente arrastrados hacia los rápidos mortales de las utopías absolutas. Creo en el poder liberador de la identidad, sin aceptar la necesidad de su individualización o su aparición por el fundamentalismo (...) Y, sí, creo, a pesar de una larga tradición de errores intelectuales a veces trágicos, que observar, analizar y teorizar es un modo de ayudar a construir un mundo diferente y mejor<sup>3</sup>.*

Esta es una perspectiva que suscita diversidad de planteamientos en autores de variados oficios y saberes que van desde la filosofía, la política, la antropología,

“

**La cultura que se irradia desde los sujetos hacia las instituciones, hacia toda la sociedad en la conformación de imaginarios y de proyectos de país, no ha servido para tejer un relato común y un parecer de gobernabilidad e incluso, ni siquiera un juicio de cultura democrática**

”

hasta la sociología. En América Latina también es nuestra preocupación, y así el brasileño Renato Ortiz nos llega a decir, en referencia directa al signo más visible de este cambio que es la llamada globalización, que “*el debate sobre la globalización es al mismo tiempo una reflexión sobre la contemporaneidad y una discusión sobre las ciencias sociales*. La búsqueda de un nuevo marco de referencia teórica implica la revisión de nuestra propia tradición intelectual (...) *Un horizonte que le abra nuevas posibilidades al pensamiento, situándonos -a los intelectuales latinoamericanos- en la perspectiva de una tradición por construir*” (destacado nuestro)<sup>4</sup>. Y en otra parte del mismo texto, Renato Ortiz nos completa la idea anterior diciendo que:

*Existen, sin embargo, algunas diferencias para pensar esta realidad emergente, dificultades que derivan de la tradición de las ciencias sociales. Buena parte de los conceptos que utilizamos están comprometidos con cierta visión de la sociedad<sup>5</sup>* (destacado nuestro).

Como vemos, y repetimos la idea inicial de este ensayo, ante la falta de referencias establecidas por las cosas que se han venido dando, y que se repiten en este escenario de *mundialización cultural*, la incertidumbre provoca un sentimiento de inseguridad y de pérdida de referentes. Así, otro latinoamericano de origen chile-

no, Nelly Richard, refiriéndose al objeto de los estudios latinoamericanos vistos desde los Estados Unidos y en línea directa con “la configuración académica del ‘latinoamericanismo’”, nos indica que

*Ya es tiempo de revisar ese modo de seleccionar y definir los significados de lo ‘latinoamericano’ de acuerdo a escalas de privilegio discursivo que se han visto cuestionadas por múltiples registros de transformaciones culturales (...) Mientras las ciencias sociales mantenían su pacto con las macro-racionalizaciones de una teoría científica nacida de la empresa moderna que frenaba su tránsito hacia lecturas más heterodoxas, la ‘nueva escena’ fue la primera en interpretar los estallidos y descentramientos de las categorías uniformes de la razón social y en señalar, mediante alfabetos discontinuos y gramáticas inconclusas, las mutaciones de la sensibilidad cultural que acompañó el escenario ‘post’ de una sociedad y de una cultura enfrentadas a las preguntas sobre la no totalidad, la no centralidad y la no unicidad del sentido<sup>6</sup>.*

El mismo conflicto por la sensibilidad, la cultura y la política irrumpen en nuestro país. En definitiva, el *descentramiento* de nuestra sociedad -viviendo una experiencia límite- es de orden cultural. La cultura que se irradia desde los sujetos hacia las instituciones, hacia toda la sociedad en la conformación de imaginarios y de proyectos de país, no ha servido para tejer un relato común y un parecer de gobernabilidad e incluso, ni siquiera un juicio de cultura democrática. Porque la cultura nos aporta los parámetros que le dan sentido y regulan nuestras vidas colectivas e individuales. Esta forma de entender la cultura se configura en tres planos: las creencias, las estructuras voluntarias y los sistemas normativos<sup>7</sup>. Desde esa perspectiva se conforma la sociedad en su conjunto, en sus valores, hasta en la forma de accionar. Entonces, la cultura de la sociedad

*(...) está constituida por las pautas integradoras del conocimiento, creencias y conductas humanas; incluye las capacidades y habilidades adquiridas por los hombres en cuanto miembros de una sociedad determinada. Así definida, la cultura consiste en el lenguaje, las ideas, las creencias, las costumbres, los códigos, las instituciones, los instrumentos, las técnicas, las obras de arte, los rituales, las ceremonias y otros elementos relacionados (...) la cultura incluye todo lo que puede ser considerado producto de la actividad humana. Sin embargo, en nuestra perspectiva, consideramos a la cultura desde*

una óptica particular: en cuanto funciona como la gran matriz de la conducta social<sup>8</sup> (destacado nuestro).

Jesús Martín-Barbero, en referencia directa a Colombia, pero que cada vez nos vamos pareciendo más, expresaba con gran incertidumbre y preocupación lo siguiente: “¿Cómo responsabilizarnos entonces de nuestros errores y nuestros fracasos si no compartimos el discurso en que podríamos nombrarlos? ¿Cómo compartir duelos si ni siquiera podemos llorar juntos? Que es aquel mínimo sin el cual no hay comunidad que subsista. Ahí radica la gravedad última de una situación en la que hasta la lectura que de ella hace la clase pensante, los intelectuales y las ciencias sociales, en lugar de contribuir a tejer convergencias tiende aún a fragmentar y polarizar la sociedad, ya que no hemos logrado poner en común una lectura en la que sea posible dirimir hasta donde llega lo tolerable y comienza lo intolerable. Los intelectuales no estamos proporcionando a este país una lectura de la situación—no confundir con coyuntura—que ayude a la gente a ubicar su cotidiana experiencia de dolor tanto como las retazos de sentido que alientan nuestra esperanza”<sup>9</sup>. Ante esa ausencia, que en Venezuela se ha venido tejiendo desde hace ya un buen tiempo, han aflorado perspectivas de preocupación dentro de nuestro contexto. Así, en un momento de 1995, participando en una reunión-diálogo entre jesuitas y laicos expresábamos:

*Mientras vemos con claridad las dimensiones de la crisis económica y social, especialmente en lo que afecta a nuestra cotidianidad, e intuimos la profundidad de la crisis política que lleva a poner en duda la ‘governabilidad’ de la sociedad venezolana, apenas se ha tocado el trasfondo cultural. Estamos enfrentando el cambio de época con la sensibilidad y los instrumentos de la cultura de la época que pasa. Este desfase y la resistencia a la transformación del sustrato cultural se convierten en obstáculos al proceso de transformación política, social y económica necesaria para constituir las bases de la sociedad del futuro.*

La idea es que nuestra topografía cultural se ha venido estructurando como un obstáculo para emprender las operaciones cognitivas, también de orden cultural, que nos deberían ayudar a clarificar el país que tenemos y las acciones de nuestra gente en la cotidianidad. Asimismo, los procesos de transformación de la vida (estos incluyen los modos de producir, transmitir y recibir la cultura) se han visto constreñidos

“

**En la investigación de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) sobre La pobreza en Venezuela (1998) se detectó que el 87.2 por ciento de la población presenta creencias que indican que las acciones externas a ellas (“foco externo de control”, las llama el estudio) son las causantes del estado de cosas y apenas el 12.8 por ciento considera que son ellos mismos los responsables principales**

”

por variables que convocan a lo externo de nosotros mismos y a lo interno como individuos. En la investigación de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) sobre *La pobreza en Venezuela* (1998) se detectó que el 87.2 por ciento de la población presenta creencias que indican que las acciones externas a ellas (“foco externo de control”, las llama el estudio) son las causantes del estado de cosas y apenas el 12.8 por ciento considera que son ellos mismos los responsables principales.

*Estos datos indican que prácticamente nueve de cada diez individuos están convencidos de que los cambios en su entorno vital responden a causas que escapan de su control. Semejante creencia se traduce en fenómenos como el bloqueo de la iniciativa individual, escasa motivación para la participación en procesos colectivos, dificultad para vincular esfuerzos personales con logros, desconocimiento del mérito individual, creencia en que el mundo es problemático, complejo, irresoluble e injusto.*

*En el caso de la cultura dominante en la sociedad venezolana, a la creencia correspondiente al foco externo de control están asociadas otras creencias básicas acerca de la realidad que refuerzan aquella:*

- *Que la sociedad venezolana es rica por disponer de recursos naturales abundantes.*
- *Que todo ciudadano tiene derecho a disfrutar de bienestar social independientemente de sus prestaciones a la colectividad en términos de producción y participación en la vida colectiva.*
- *Que la Democracia es un medio para alcanzar fines particulares, y no un fin en sí misma en cuanto forma para resolver del modo más equitativo posible los conflictos de intereses en una sociedad de masas pluralista.*
- *Que el modo de establecer relaciones equitativas en la sociedad es la intervención estatal (Democracia intervencionista) y no la acción autónoma de los sectores de la sociedad civil.*
- *Que el papel del Estado debe caracterizarse por el asistencialismo paternalista y populista, en lugar de ser árbitro garante del orden abstracto de relaciones.*
- *Que a los derechos reconocidos no les corresponde como contraparte deberes y obligaciones simétricos<sup>10</sup>.*

## II. LOS SIGNOS DE LAS MEDIACIONES CULTURALES

Esos datos y referencias de la realidad cultural venezolana, que nos hablan de los modos y formas de organizarnos y organizarse desde la cultura, que nos dicen acerca de nuestras *prácticas cotidianas* que van desde el plano de las sensibilidades, la economía, la política y hasta la propia matriz cultural, deben ser analizados desde las particularidades del contexto que mueve todo ese conjunto de variables, cruces, arraigos-desarraigos, que además forman parte de una tradición histórico-nacional y del presente que no se escapa fácilmente de ese pasado. Lo dice muy claro Nelly Richard cuando expresa, en el mismo sentido, que:

*Remitir las prácticas culturales a sus específicas circunstancias de actuación dentro de un espacio y un tiempo determinados, leerlas desde el particular juego de tensiones que las atraviesa localmente, es la única manera de restituirles a esas prácticas la autonomía de sus condiciones de operatividad crítica y de quebrar así la abstracción homogeneizante de ‘lo latinoamericano’ que pretende eliminar de su campo de generalización toda particularidad multiplicadora de las diferencias<sup>11</sup>.*

A tal efecto, la *mediación* que introdujeron los signos del pasado histórico, en los intentos de implantar signos de modernidad<sup>12</sup> quizás nos ayuden a entendernos como colectivo social y como sujetos actuando dentro de ese colectivo. Porque esos signos de mediación proporcionan a nuestra sociedad referentes desde los cuales entendernos. Allí irrumpió un “imaginario-social-de-masas” que contribuyó y que ha contribuido a la conformación de este país en rápida emergencia hacia la modernidad. Desde esa formulación, me voy a permitir exponer cómo esos *signos de mediación*, que llegaron con la política y la cultura a través de la acción global de los políticos como gestores de la vida pública, de los creadores, de los intelectuales... y con ellos toda la producción de significados no se cristalizaron en realidades y en claves de un futuro más promisorio. El ensayo “La cultura venezolana. La perspectiva de la construcción de sociedad” (2004)<sup>13</sup> del sociólogo Mikel de Viana, formando parte del estudio de la Universidad Católica Andrés Bello sobre *La pobreza en Venezuela*, quizás nos ayude a entender el debilitamiento de “la empresa nacional” de la modernidad o lo que Beatriz Sarlo ha llamado “la utopía fusional de la revolución moderna”. En la investigación referida, y particularmente en el trabajo de Viana, se hacen varios cruces para mostrarnos “los perfiles de creencias y valores” de la sociedad venezolana de estos tiempos. Así tenemos que:

1- *En primer lugar, se recoge la distribución de la población en relación con las creencias acerca de la atribución causal, es decir, el grado de control que los individuos creen tener sobre la realidad y la situación que los afecta; y las preferencias valorativas, representadas por el tipo de reglas que utilizan los individuos para evaluar personas, situaciones, acciones y objetos sociales, parámetros que regulan la propia acción en espacios sociales y públicos, no privados o familiares. El cruce de ambas variables da lugar a la tipología siguiente: el 75.8 por ciento de la población, que se integra en el tipo que hemos denominado “Rezagados” se caracteriza por el predominio del “control externo” y los modos de evaluación tradicionales. El 11.4 por ciento de la población, que se integra en el tipo que hemos llamado “Eclécticos”, aunque presenta un predominio de los modos evaluativos modernos, en el plano de las creencias está convencido de que la realidad en general y su propia situación se desenvuelve al*

“

**Cuando se solicita a los individuos que describan cómo se perciben a sí mismos en el eje de mayor o menor modernización.**

**Más del 70 por ciento de los individuos se perciben modernos, y casi el 30 por ciento se percibe tradicional.**

”

*margen de su capacidad de intervención, careciendo de este modo, de uno de los pre-requisitos fundamentales de la modernidad. Hemos llamado “Familistas” a un grupo formado por el 6.7 por ciento de la población, que se caracteriza por el predominio del llamado “control interno”, y de modos evaluativos tradicionales. Finalmente, un porcentaje todavía menor, el 6.1 por ciento de la población, constituye el grupo que hemos denominado “Vanguardia” porque se caracteriza por la combinación de la atribución interna de causalidad –es decir, creen que la propia acción tiene una razonable incidencia sobre la realidad en general y la propia situación- y los modos modernos de evaluación. Este grupo constituye la “vanguardia” modernizante, o al menos modernizada de la sociedad venezolana.*

2- *En segundo lugar tiene que ver con la percepción subjetiva de la modernidad. Cuando se solicita a los individuos que describan cómo se perciben a sí mismos en el eje de mayor o menor modernización. Más del 70 por ciento de los individuos se perciben modernos, y casi el 30 por ciento se percibe tradicional. Ahora bien, cuando se les pregunta cómo ven la generalidad de los individuos, qué tan modernos o tradicionales creen que son los demás miembros de la sociedad, 56.5 por ciento considera que, en general, los demás son modernos, mientras que 43.5 por ciento los considera tradicionales. Cuando se cruzan ambas percepciones, por un*

*lado, la autopercepción –cómo se percibe el sujeto- y por otro la alterpercepción –cómo percibe al promedio de los demás individuos-, resultan los cuatro tipos que a continuación describimos. El dato más llamativo es que el 45.4 por ciento de los individuos se perciben a sí mismos y al promedio de los demás venezolanos como modernos: compárese este porcentaje referido a las percepciones subjetivas con los correspondientes a creencias y modos de evaluación descritos anteriormente, y concretamente con el reducido porcentaje representado por el tipo que denominamos “Vanguardia”. En el extremo opuesto del espectro está el tipo que llamamos “Tradicionalistas”, que representa 17.2 por ciento de la población, y que está formado por quienes se perciben tradicionales y perciben al resto de los individuos también como tradicionales. Llamamos “Desarraigados” al tipo formado por 26.3 por ciento de la población, que se percibe a sí misma como moderna en medio de una colectividad tradicional. Finalmente, un porcentaje más reducido, apenas 11.1 por ciento, al que denominamos “Alienados” se percibe a sí mismo como tradicional en el seno de una colectividad moderna.*

3- *Una última tipología se establece cuando se combinan las dimensiones descritas anteriormente. Es decir, la psicossocial o de las creencias- representada por el grado de control que los individuos creen tener sobre la realidad y la situación que los afecta-; la social o de las preferencias valorativas representada por el tipo de reglas que utilizan los individuos para evaluar personas, situaciones, acciones y objetos sociales, parámetros que regulan la propia acción en espacios sociales y públicos, no privados o familiares; y la político-institucional, que se refiere al nivel de confianza que los individuos expresan tener frente a las instituciones de la sociedad, tenemos un conjunto de seis tipos culturales:*

- a. *Rezagados: constituyen 27.6 por ciento y son los sectores más tradicionales o premodernos. Para este grupo la realidad y la propia situación no dependen de ellos mismos, ni de ninguna entidad empírica reconocible.*
- b. *Tutelados: constituyen 10 por ciento de la población. Están próximos a los anteriores pero se diferencian de éstos en tanto que atribuyen la causalidad de los cambios en la realidad y en su situación personal al gobierno o a los poderosos. Son desconfiados de las ins-*

tituciones que ejercen control sobre su realidad, la cual no pueden dominar.

- c. Emancipados: representan el segundo tipo más importante con 25.2 por ciento de la población. Estos consideran que su realidad depende de lo que hagan otros agentes, por ejemplo, el gobierno o los poderosos, le atribuyen al desempeño propio y al de los demás un papel significativo en la causación de la realidad. Su grado de desconfianza es intermedio.
- d. Movilizados: constituyen un grupo atípico —muestran atributos modernos y tradicionales dependiendo de las situaciones—, y quizás por ello alcanzan sólo el 4.2 por ciento. Son individuos que, como los Emancipados, evalúan a los actores en razón de su desempeño, mantienen reglas de comportamiento propias de una sociedad premoderna, pero no creen que el gobierno o los poderosos determinen las condiciones de su existencia.
- e. Modernos Desarraigados: son 13.1 por ciento de la población. Se trata de individuos plenamente modernos. Tienen un alto grado de desconfianza hacia las instituciones y hacia los otros ciudadanos.
- f. Modernos Integrados: representan 19.1 por ciento y su rasgo más distintivo, en relación al tipo anterior, lo constituye su bajo nivel de desconfianza hacia la sociedad venezolana.

En suma, y por lo dicho hasta ahora, si la modernidad no ha fracasado del todo en nuestra realidad, ella hoy intenta asumirse por otros signos de mediación que van desde la experiencia urbana hasta la dimensión mediática y todos sus artefactos. Se trata de la reorganización del mundo y de los sujetos por el intermedio hegemónico de las grandes industrias de la información y del entretenimiento como industrias culturales.

Un rasgo no secundario de esos procesos finiseculares es que la credibilidad del discurso intelectual puro y duro está en baja, como está en baja la credibilidad del discurso político. Hoy los políticos quieren hablar como hombres y mujeres de la calle. Los intelectuales, cuando pueden, hablan como comunicadores. Ambos, intelectuales y políticos, figuras de la modernidad, de todos modos son menos creíbles que los medios y sus estrellas<sup>14</sup>.

Aquí estamos en presencia de un amplio territorio para el análisis de nuestra sociedad actual y de las sociedades del presente. Creemos que se trata de un sig-

“

**Una lectura de la sociedad actual pasa necesariamente a partir de los medios de comunicación y de las industrias culturales que los contiene.**

**Una lectura de ese tipo nos abre a temáticas como la identidad, la integración nacional, la construcción como nación, la cultura popular y elitesca**

”

no de hoy, del “aquí y ahora”. Para no seguir afirmándolo, veamos en la realidad del país como está esa “otra socialización” que no transcurre por las formas y creencias tradicionales a la que nos acostumbró la “cultura moderna”. Es que estamos en presencia de una sociedad mediática y son los medios, no los políticos y los intelectuales, los que dotan de estructura interna a la sociedad. Por tal razón no es gratuito, desde hace ya un buen tiempo, que los medios y sus profesionales sean el estamento social de mayor credibilidad y confianza-honestidad institucional del presente. Aunque sin desmeritar la trascendencia y significación que hoy tienen los medios, existen voces de alarma pues ellos, como dicen algunos como el mexicano Carlos Monsivais, le dan forma verbal (y ordenamiento visual) a los estados de ánimo y las actitudes, pero no los crea ni los sostiene.

Lo que hemos venido diciendo hasta aquí, es que los humanos somos producto de la transformación en diversos ámbitos de la vida (económico, social, político, técnico...), pero sobre todo en el campo de lo cultural. Pero hoy, los modos de producir, transmitir y consumir la cultura pasa por profundas transformaciones que se orientan hacia otros lugares-espacios que tienen que ver con los *media* y especialmente con el peso de lo audiovisual.

Muchas veces se ha dicho que la cultura del fin de siglo fue completamente reorganizada por la esfera audiovisual.

Ya casi ni es necesario probar esta afirmación. Se la ha repetido en las últimas décadas y los medios de comunicación han sido los primeros convencidos de que su hegemonía se había implantado sobre la hegemonía secular de la cultura escrita, y que sus representantes marcan rumbos culturales como antes lo habían hecho los letrados. La soberbia *massmediática* no es sino el corolario de algo que, en primer lugar, fue explicado por los intelectuales tradicionales a los actores audiovisuales. Se les dijo que los medios eran la sustancia activa con que se formaban las culturas populares y, sin ir más lejos, toda la cultura. Estos discursos son bien conocidos. Lo repetimos de memoria y forman parte de un sentido común<sup>15</sup>.

En definitiva, podemos apuntar que en las sociedades de ahora el espacio privilegiado para el uso y consumo de una forma cultural es el constituido en torno a los medios de comunicación, convirtiéndose estos en *identidades culturales* que se construyen y se modelan a partir de los mismos medios. Entonces, los medios son constitutivos de la modernidad del presente, y además son constituyentes de una parte de lo que somos hoy. En ese sentido, una lectura de la sociedad actual pasa necesariamente a partir de los medios de comunicación y de las industrias culturales que los contiene. Una lectura de ese tipo nos abre a temáticas como la identidad, la integración nacional, la construcción como nación, la cultura popular y elitesca,... aunque al final nos puede pasar aquello que advertía Theodor W. Adorno en uno de sus ensayos sobre la cultura:

*Mediante el sacrificio de su posible relación con la praxis, el concepto de cultura se convierte en un ejemplo de organización; eso que en la cultura es tan provocativamente inútil se transforma en negatividad tolerada o incluso en algo negativamente útil: un lubricante para el sistema, en algo que existe para algo más, en una mentira o en mercancías de la industria de la cultura concebidas para el consumidor<sup>16</sup>.*

### III. LA CUESTIÓN DEL CONSUMO CULTURAL

Hace ya unos años, en una investigación colectiva (Jesús María Aguirre, Pasquale Nicodemo, Francisco Pellegrino, Elsa Pilato, Carlos Guzmán y Marcelino Bisbal, 2000) exponíamos las cifras del consumo cultural del venezolano, para entender desde ahí como el disfruté del tiempo li-

bre y de ocio de la gente del presente asumía o se desplazaba hacia otros lugares que nos resultan ya cotidianos. Lo mismo, decíamos allí, ha sucedido para el arte. A través de aquellas cifras veíamos y vemos que hoy las manifestaciones de la *cultura ilustrada* y de la *cultura popular* se diluyen en la *cultura de masas*, en un proceso de evidente absorción de signos entre esos espacios de producción cultural que funcionan a la vez como espacios de reconocimiento y de identificación. Esa realidad, de la que hablaban nuestras cifras, nos hacía apuntar que estudiar la cultura en esos momentos implica la “incorporación de todas las formas creativas como procesos culturales equivalentes”. Incluso, demostrábamos que ahora se dan nuevas formas de relacionamiento entre los sujetos y la cultura, entre los sujetos y los creadores, entre el arte y sus espacios de representación, pasando además por la recepción-percepción del asunto cultural.

En otros contextos distintos a los nuestros y después de nosotros ya se comenzaba a hablar de una “nueva etapa de la sociología de la cultura” y el estudioso español Iñaki Domínguez, siguiendo a D. Crane (1994), apuntaba que: “(...) la sociología de la cultura *ha sido virtualmente reinventada en los años setenta, en un proceso en el que los estudios culturales han desempeñado un papel de extrema importancia, no sólo por el reconocimiento de lo cultural como un conjunto de prácticas significantes, sino también por la diversificación de su propio objeto de estudio y, fundamentalmente, por el reconocimiento de la trascendencia de los media en los procesos de interacción social y cultural de las sociedades modernas*”<sup>17</sup>. Y en otro texto, el mismo autor nos indica lo que ya es una obviedad para nosotros, el hecho de que hoy “*el espacio privilegiado de la cultura en las sociedades avanzadas es el constituido en torno a los medios de comunicación de masas los cuales, por sí solos, ocupan una parte considerable del tiempo de ocio*”<sup>18</sup>.

Nuestra investigación constataba esas afirmaciones, es decir la atracción que ejercen los dispositivos mediáticos frente a las manifestaciones de las otras formas de “hacer” la cultura. Aquellos datos nos proporcionaban y proporcionan sin duda elementos interesantes de análisis:

1- En primer lugar, se desprende que las actividades de consumo “dentro de la casa” que habitualmente acostumbra a realizar la gente del área investigada están relacionadas, en primer lugar, con los medios masivos de comunicación, específi-

“

**Los grandes medios están rompiendo el vínculo intrínseco que existía entre territorio y cultura, y eso permite la creación de espacios comunes, en los que se interseccionan las identidades de diferentes actores, en diferentes temporalidades y lugares y en distintos contextos socioeconómicos**

”

camente con “ver TV” y “escuchar radio”. En relación a otra actividad de importancia está el “escuchar música”. Así mismo, amerita señalar el auge que está tomando el uso del computador dentro de la casa, ya que una cuarta parte de la gente entrevistada sostiene “estar ante un computador”, “todos los días/casi todos los días”. Otros medios de comunicación de gran uso son “leer la prensa, revistas, libros”. En resumen, el orden de importancia de las actividades culturales “dentro de la casa” de acuerdo al porcentaje de respuestas en las frecuencias de consumo “todos los días/casi todos los días” es el siguiente: 1) Ver TV - escuchar radio: 92%; 2) Escuchar música: 83%; 3) Leer prensa: 71%; 4) Leer libros: 40%; 5) Leer revistas: 37%; 6) Estar ante un computador: 25%; 7) Ver cine en video: 12%; 8) Jugar video - juegos: 5%; 9) Jugar dominó: 3%.

2- Y en segundo lugar y como era de esperarse, el consumo cultural de determinadas actividades relacionadas con el pensamiento de la llamada “cultura ilustrada” no posee preferencia de importancia entre los entrevistados. Ninguna de las actividades presentadas a los entrevistados alcanza el 15 % de las frecuencias de consumo “semanal/mensual”. “Visitar bibliotecas” y “Visitar librerías”, relacionadas con la lectura, son las dos actividades de mayor consumo cultural, con el 12 y 13 % respectivamente

de entrevistados. Y por otro lado, las dos actividades de “alta cultura” que aparecen con alto porcentaje en la frecuencia de consumo “nunca” son: “asistir a espectáculos de cultura clásica” (84 %) y “asistir a conferencias/congresos” (79 %).

Este no era más que un registro del consumo cultural del venezolano, un registro que nos estaba y está expresando algunas cuestiones para reflexionar en torno a la hora de diseñar políticas culturales y comunicacionales con el sentido de integración que ellas deben contener. Así, debemos considerar:

- La administración privada del consumo de bienes culturales, producidos por la industria cultural, se ha transformado en el equivalente del consumo cultural de las poblaciones urbanas. Las interrogantes: ¿Cómo afecta esta tendencia a los espacios de producción culto-académica y local-popular?, ¿qué ocurre en las esferas de lo mass-mediático?
- Los niveles de escolaridad e ingresos determinan la oferta de lo culto-académico (como visitar bibliotecas, librerías, asistir a museos o galerías, congresos, conferencias o espectáculos de música clásica), que se mantiene inelástica y restringida. Estas razones a su vez enfatizan la fuerte asimetría de consumo en los diversos campos culturales. También a estas variables se condicionan el uso de los “medios masivos intermedios” (libros, prensa-revistas, cine en salas de proyección o video cassette-CD en DVD, discos o video-juegos). Está muy claro: a mayor nivel académico y mayor poder adquisitivo, mayor consumo de estos bienes.
- Por su parte, los verdaderos colosos son los medios masivos electrónicos de libre recepción (televisión decodificada y radio), pues aceptan un mayor número de espectadores, sin generar discriminaciones en sus audiencias.
- El otro aspecto a considerar es el de los nuevos espacios de producción cultural-local-popular. Tal como lo afirma Carlos Catalán, asistimos a una “mediatización de lo popular”, lo que implica una transformación no sólo de los géneros, sino de sus formas y contenidos.
- Las colectividades se aproximan cada vez más a los media para entender y ver el mundo. Son los *massmedia* quienes permiten a una abrumadora multiplicidad de espectadores el acceso a la historia cotidiana. La realidad se ha mediatizado. Hoy, vivimos en el espacio

globalizado lo que probablemente nunca hemos compartido en nuestros propios territorios domésticos. El “otro” que cada uno de nosotros somos en el espacio doméstico se descentra en el espacio globalizado donde tendemos a “parecernos” más.

- Los grandes medios están rompiendo el vínculo intrínseco que existía entre territorio y cultura, y eso permite la creación de espacios comunes, en los que se interseccionan las identidades de diferentes actores, en diferentes temporalidades y lugares y en distintos contextos socioeconómicos.
- Se materializa así un universo nuevo de relaciones interculturales, que moldean imaginarios y trazan directrices conductuales.

Pero no creamos que ese registro difiera demasiado del que podemos encontrar en otros países de América Latina y entre países como Colombia y Venezuela. En el segundo caso, es decir en el estudio del consumo cultural en las relaciones entre los países como son Venezuela y Colombia<sup>19</sup>, investigación llevada a cabo a finales del año 1999 y comienzos de 2000 por los colombianos German Rey y Jesús Martín-Barbero y quien esto escribe, se detectaba que en la dimensión del consumo cultural masivo entre los dos países la circulación de programas televisivos (en especial, las telenovelas) tiene un peso central y que otras formas de la industria cultural masiva y popular como la música, también. Ese aspecto formulado como hipótesis se ratifica, puesto que para los colombianos el principal producto cultural venezolano es la telenovela (21%), seguido del joropo (17%) y el béisbol (15%); mientras que para los venezolanos la principal manifestación cultural de Colombia es el vallenato (24%), seguido del fútbol (23%) y la telenovela (18%). La literatura ocupa el quinto lugar en la opinión de las dos muestras, con porcentajes bastante menores a los que se atribuyen a los ubicados en los primeros lugares. La conclusión del estudio es que son los productos vinculados a los medios y a la industria cultural los que alcanzan mayor notoriedad. Esta verdad no debe llevar a incriminar a los medios, sino a comprender su grado de penetración y la utilidad impresionante como mediador entre colectividades.

Carlos Monsiváis, ese cronista de América Latina y mexicano para más detalle, en *Aires de familia* (2000) nos describe la modernidad y sus desventajas en

“

**Son los productos vinculados a los medios y a la industria cultural los que alcanzan mayor notoriedad. Esta verdad no debe llevar a incriminar a los medios, sino a comprender su grado de penetración y la utilidad**

”

este continente. Nos dice: *“La cultura deja de ser lo que separa a las élites de las masas y se vuelve, en teoría, el derecho de todos. Y se niega la marginalidad cultural de América Latina, o por lo menos se niega el carácter eterno de tal condición. Una minoría muy activa revaloriza los esfuerzos pasados y presentes, y acepta que es posible estar al día con actitud francamente internacional. Cesan o disminuyen considerablemente las sensaciones de inferioridad con respecto a los centros del conocimiento (...) También, el surgimiento de la gran industria cultural y del espectáculo modifica el panorama, con resultados de toda índole<sup>20</sup>. Y más adelante, nos apunta que*

*De golpe, todo es ‘cultura híbrida’, para usar la expresión de Néstor García Canclini, o ‘fusión’, para acudir al concepto discográfico, o sincretismo, si se quiere alojar a la Virgen de Guadalupe en hologramas. La modernidad interpreta la tradición, el Tercer Mundo es el infierno de los posmodernos, y los neoliberales le adjudican a la desigualdad, el hecho cultural más significativo de América Latina, el papel de la civilización (‘son pobres porque tal es su impulso atávico’). Y lo cierto es lo afirmado algún día por Juan*

*Rulfo: a los escritores les toca aportar el realismo o la irrealidad; lo mágico es la existencia de los lectores<sup>21</sup>.*

En otras palabras, lo que nos están expresando esas referencias de Monsiváis es que el espíritu, no siempre de calidad, de modernidad en la región es más producto de los aparatos culturales que la producen que de los propios modernizadores e incluso intelectuales<sup>22</sup>. De tal forma, que la conformación del aparato de las industrias culturales masivas del presente, el crecimiento de las ciudades acompañado del surgimiento de estilos y modos específicos de vida urbana, la mezcla de culturas populares con masivas y cultas, la libre y rápida circulación de productos culturales transnacionales, la irrupción de estéticas y sensibilidades juveniles que van más allá de las diferencias generacionales proponen una concepción diferente de la cultura y una crítica a las visiones ancladas en el elitismo ilustrado que toma el arte como paradigma de la cultura uniendo calidad con distinción y del populismo folclorista que define a la cultura desde la autenticidad, es decir, desde la pureza de sus orígenes, de sus raíces y la fidelidad a ellas convirtiendo a las culturas populares en lo primitivo, lo sin historia, lo irreconciliable con la modernidad.

Un intento de mostrar esas claves —muy distinto a lo que se hace desde otros espacios distintos a los nuestros— es a la que concurren todos los estudios sobre consumo cultural en América Latina y aquí reside nuestra originalidad. Y si el consumo cultural tiene que ver entonces con las relaciones complejas que establecen las audiencias con los diversos productos culturales, sus rutinas de selección y sus usos sociales, su resemantización, las conexiones que se producen entre productos culturales muy diversos y otras prácticas cotidianas, la pregunta que salta de inmediato es cuáles son las tendencias que debemos observar desde aquí:

*Hoy por hoy todos los estudios sobre consumo cultural en América latina arrojan algunas tendencias que resulta, en este marco, interesante de destacar. Primero, la centralidad que han adquirido los medios electrónicos en las poblaciones urbanas. Segundo, el carácter fuertemente segmentado del consumo de los eventos de alta cultura. Los estudios, muestran que los niveles de asistencia a eventos de la alta cultura (música clásica, teatro, ballet y ópera) era muy bajo; en términos de perfil las personas se concentraban en los segmentos de mayor escolaridad e ingresos, así como entre el público de mayor*



edad. Tercero, los estudios revelan también niveles relativamente mínimos de asistencia a centros comunes de consumo (cines, recitales de música popular, eventos deportivos), todo lo cual nos está indicando una clara tendencia hacia la atomización de las prácticas de consumo y un cierto repliegue al espacio privado. Cuarto, la masificación de los consumos de bienes de la industria cultural no implica la homogeneización de los públicos, sino más bien una estructura de consumo altamente segmentada donde coexisten grupos, preferencias y hábitos dispares. Por último, los estudios revelan que el consumo de alta cultura y cultura popular se ve afectado por un proceso de mediatización que implica su incorporación y transformación de acuerdo con la lógica de los medios<sup>23</sup>.

¿Qué nos quieren decir esas tendencias? Nos están diciendo que las paradójicas dinámicas que atraviesan las culturas de nuestros países, los mestizajes, las hibridaciones y las apropiaciones polimorfas de que se alimenta la cultura de las mayorías, están exigiendo el trazado de un mapa capaz de dar cuenta de la densidad y especificidad de los cambios culturales que atravesamos.

#### IV. OTROS LUGARES PARA DISFRUTAR

Si nos detuviéramos aquí, creo que dejaríamos pendiente la interrogante sobre el futuro y el papel que jugarán las prácticas de consumo cultural como prácticas sociales de la cotidianidad. Es la precisión que nos hace la argentina Beatriz Sarlo al final de su ensayo "Sensibilidad, cultura y política: el cambio de fin de siglo":

*Lejos de la nostalgia por un pasado que, en este fin de siglo, sabemos que se clausuró hace más de una década, y críticos también del oportunismo que buscan en el presente la seguridad de que todo será mejor. ¿Podrá la cultura del nuevo siglo crear tan eficazmente como lo hizo la primera mitad del siglo XX sus imágenes de sociedad futura? ¿Y si la respuesta es afirmativa, podrá librar a esa imágenes del determinismo, el vanguardismo y el hegemonismo que las volvió odiosas para millones?*<sup>24</sup>.

En aquella investigación sobre el *Consumo cultural del venezolano*, después de hacer una revisión de las más importantes investigaciones sobre el consumo cultural en la región, veamos que los trabajos de Jesús Martín-Barbero y Néstor García Canclini resultaban la llave necesaria pa-

66

**Los estudios de consumo cultural vistos desde acá son "un proyecto inacabado", pero sí debemos estar conscientes que los indicadores de consumo cultural del presente lo que nos están refiriendo es que los medios de comunicación son cada vez más piezas de la modernidad actual, que ellos hacen parte de la cotidianidad y atraviesan los intersticios más simbólicos de los que podemos dar cuenta.**

99

ra entender esta dimensión del estudio de nuestros gustos y preferencias, pero sobre todo para analizar el consumo "como sistema de integración y comunicación", pero también como "espacio de producción de sentidos". Dos citas textuales de esos autores nos comprometen con esta visión muy nuestra acerca del consumo cultural visto desde América Latina. La primera, de Martín-Barbero que dice que:

*(...) el consumo no es sólo reproducción de fuerzas, sino también producción de sentidos: lugar de una lucha que no se agota en la posesión de los objetos, pues pasa aún más decisivamente por los usos que les dan forma social y en los que se inscriben demandas y dispositivos de acción que provienen de diferentes competencias culturales*<sup>25</sup>.

La otra perspectiva es la que nos ofrece García Canclini al decirnos que:

*(...) analizaremos el consumo como sistema de integración y comunicación. Para que el consumo pueda ser un instrumento de diferenciación entre los grupos sociales, debe primero construir un sistema de comunicación ampliamente comprensible, un sistema de integración cultural y social. Si los miembros de una sociedad no compartieran los significados*

*atribuidos a los bienes de consumo su posesión no constituiría un elemento de diferenciación social. Si incluso los sectores subalternos no estuvieran convencidos de que la posesión de tal punto, que nunca van a tener, distingue simbólicamente a una clase, dicho acto no sería valioso, no distinguiría a quienes lo poseen. En este sentido, consumir es intercambiar significados culturales y sociales. A través de las cosas, se crean relaciones entre las personas, que dan un sentido y un orden al ambiente en el que vivimos. Comer, vestirse, habitar una casa son también actos sociales de comunicación*<sup>26</sup> (destacado nuestro).

Pero teniendo presente esa claridad de conceptos y precisiones acerca del tema que, desde diversos ángulos de la ciencia social y política, se desechaba muy rápidamente con la tesis de que en el consumo se materializan las relaciones de explotación, de usufructo por una clase social dominante por sobre una clase social dominada, y además de que en el acto de consumir "se reproduce la fuerza de trabajo y se expande el capital"... desde nuestro espacio tan particular los indicadores de aquella primera y pionera investigación en nuestro país -*El consumo cultural del venezolano*- dejaban al descubierto la necesidad de profundizar en el país los estudios sobre mediaciones-representaciones, con ánimo de construir una lectura antropológica contemporánea del venezolano, pues aunque el consumo es la lógica hegemónica de apropiación, no es la única, ni todos los eventos sociales del ciudadano concurren de cara al mercado, donde definitivamente, no hay intimidad.

Con todo lo anterior no hemos agotado el tema, además que los estudios de consumo cultural vistos desde acá son "un proyecto inacabado", pero sí debemos estar conscientes que los indicadores de consumo cultural del presente lo que nos están refiriendo es que los medios de comunicación son cada vez más piezas de la modernidad actual, que ellos hacen parte de la cotidianidad y atraviesan los intersticios más simbólicos de los que podemos dar cuenta. Veamos nuestra realidad venezolana y veremos las imágenes de cómo ella se construye y reconstruye en y desde los medios. Esos símbolos inciden en la política, en lo social, en la religión, en las angustias y en las esperanzas, en la familia de ahora y en fin, en eso que siempre hemos nombrado pero que casi nunca hemos atrapado, en la identidad. Por eso la cultura asume, dentro de todos los conceptos que hemos podido hallar, un terri-

torio más amplio y vasto que en épocas anteriores. Así

*El concepto de cultura se ha extendido en los últimos años hasta el punto de que las antes consideradas subculturas –comic, rock, cultura popular- o técnicas –infografía...- o la comunicación masiva, constituyen ya una parte de la cultura moderna. Insensiblemente, la mercantilización de la cultura revaloriza los parámetros económicos en las decisiones culturales públicas y privadas. La internacionalización de las manifestaciones culturales más homologables incide en la desaparición de las fronteras culturales<sup>27</sup>.*

Si la realidad nos está transparentando ese concepto, no podemos seguir diferenciando los campos de actuación en el entendido, como ha sido hasta el presente, de que el Estado y las fundaciones privadas deben dedicarse a lo culto y patrimonial, y el futuro a las industrias culturales. Hoy debe darse una integración en correspondencia con lo que nos están aportando las investigaciones sobre consumo cultural.

Aquel intertítulo de Carlos Monsiváis, robado según él de alguien, es el significado de todo este recorrido emprendido por el puente de estas páginas: “por otra parte, me entretuve tanto con los video-games que ni siquiera me había fijado en qué siglo estábamos”.

■ **Marcelino Bisbal**  
**Miembro del Consejo de Redacción de Comunicación y profesor de la Universidad Central de Venezuela (UCV) y de la Universidad Católica Andrés Bello**

#### Notas y referencias bibliográficas:

- 1 Richard, Nelly (1996). “Signos culturales y mediaciones académicas”, en *Cultura y Tercer Mundo. Vol. I. Cambios en el saber académico*. Editorial Nueva Sociedad y Nubes y Tierra. Venezuela, pp.1.
- 2 Geertz, Clifford (1994). Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas. Ediciones Paidós. España, pp. 32.
- 3 Castells, Manuel (1995). “La sociedad de la información”, en el diario *El País* de España, 12-05-1995. Páginas de opinión.
- 4 Ortiz, Renato (1998). *Otro territorio*. Editorial TM y Convenio Andrés Bello. Colombia, pp. XVI.
- 5 *Ibidem.*, pp. XX
- 6 Richard, Nelly (1996). “Signos culturales y mediaciones académicas”, op. cit., pp.13 y 16.
- 7 De Viana, Mikel (1998). “Determinantes cultura-

“

Aquel intertítulo de Carlos Monsiváis, robado según él de alguien, es el significado de todo este recorrido emprendido por el puente de estas páginas: “por otra parte, me entretuve tanto con los video-games que ni siquiera me había fijado en qué siglo estábamos”

”

les de la pobreza. Intervenciones posibles en orden al cambio cultural modernizador”. Borrador de trabajo del proyecto *La pobreza en Venezuela. Causas y posibles soluciones*. Universidad Católica Andrés Bello. Venezuela, pp.2 y 3.

- 8 *Ibidem.*
- 9 Martín-Barbero, Jesús(2001). “Colombia: ausencia de relato y desubicaciones de lo nacional”, en *Imaginario de nación*. Ministerio de la Cultura. Colombia, pp.19
- 10 De Viana, Mikel (2004). “La cultura venezolana. La perspectiva de la construcción de sociedad”. Texto mimeografiado. Venezuela, pp. 9. Véase también el estudio referido en la nota 7.
- 11 Richard, Nelly (1996). “Signos culturales y mediaciones académicas”, op. cit., pp.19.
- 12 En ese sentido, Mikel de Viana(2004) nos resume esos signos del pasado que intentaron implantar una modernidad ¿frustrada? en Venezuela:
  - El intento de la Emancipación, para cuyo pensamiento la ruptura con la monarquía española era la superación del obstáculo primordial a la modernidad;
  - El de las élites positivistas, con su pretensión de superar el oscurantismo que encadenaba al atraso tradicional;
  - El de la institucionalización del Estado desde el s. XIX y de las fuerzas armadas al inicio del presente;
  - El de los programas modernizadores de AD, COPEI y el PCV;
  - El de la inserción del país en el mercado internacional por medio del petróleo y la correlativa transferencia interna de la renta petrolera para la creación de “clases medias” modernas con acceso al consumo que posibilitaran la democracia;
  - El de la iglesia mediante la educación privada católica;
  - El del Ideal Nacional perezjimenista;
- 13 Ver Viana, Mikel (2004). “La cultura venezolana. La perspectiva de la construcción de sociedad”, op. cit.
- 14 Sarlo, Beatriz (2002). “Sensibilidad, cultura y política: el cambio de fin de siglo”, en VARIOS AUTORES (2002). *Observatorio Siglo XXI. Reflexiones sobre arte, cultura y tecnología*. Editorial Paidós. Colección Espacios del Saber. España, pp. 29.
- 15 *Ibidem.*, pp. 22.
- 16 Citado por Jay, Martin (1988). *Adorno*. Editorial Siglo Veintiuno Editores de España, pp. 151 y 152. La cita está tomada de un ensayo de T.W. Adorno que llevaba por título “Culture and administration”, publicado en la desaparecida revista *Telos*, 37, otoño, 1978.
- 17 Domínguez, Iñaki(1998). “Los lugares cotidianos de la cultura y el arte”, en la *Revista Española de Investigaciones Sociales*, N° 84, octubre-diciembre 1998. España, pp. 67.
- 18 Domínguez, Iñaki (sin fecha). *Políticas culturales y cultura industrializada*. Servicio editorial de la Universidad del País Vasco (UPV). España, pp.46.
- 19 La investigación forma parte del trabajo del Grupo Académico Colombia-Venezuela. Dicha investigación fue asumida por los investigadores German Rey y Jesús Martín-Barbero de Colombia y Marcelino Bisbal de Venezuela. Una parte del producto de la investigación, que llevó por título “Comunicación y Cultura: otros espacios para la cultura”, fue publicado en el libro *Colombia y Venezuela: agenda común para el siglo XXI*. De la Editorial TM y el IEPRI, U. Nacional de Colombia, Universidad Central de Venezuela, SE-CAB y la Corporación Andina de Fomento. Colombia, 1999. La otra parte de la investigación aparece publicada en el texto *La vecindad colombiano-venezolana*. Editado por el Convenio Andrés Bello (CAB), U. Nacional de Colombia y la Universidad Central de Venezuela. Colombia, 2003.
- 20 Monsiváis, Carlos (2000). *Aires de familia*. Editorial Anagrama. España, pp. 9 y 10.
- 21 *Ibidem.*, pp. 48 y 49.
- 22 Ver al respecto Brunner, José Joaquín(1988), *Un espejo trizado*. El ensayo aparece, como primer capítulo, en *América Latina: cultura y modernidad*. Editorial Grijalbo y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes de México.
- 23 Ver al respecto el libro VARIOS AUTORES (1999). *El consumo cultural en América Latina*. Convenio Andrés Bello. Colombia.
- 24 Sarlo, Beatriz (2002). “Sensibilidad, cultura y política: el cambio de fin de siglo”, op. cit., pp.35.
- 25 Martín-Barbero, Jesús(1987). *De los medios a las mediaciones*. Editorial Gustavo Gili. España, pp.231.
- 26 García Canclini, Néstor (1995). *Ideología, cultura y poder*. Editado por la Universidad de Buenos Aires en su colección Cursos y Conferencias. Argentina, pp. 77 y 78.
- 27 Zallo, Ramón; Azpillaga, Patxi y Juan Carlos Miguel (1993). *Parques industriales y de servicios culturales en Europa: su implantación en las nacionalidades sin Estado*. Papel Mimeografiado. España, pp.31.